

SAN JOSE, COSTA RICA

15 de Marzo de 1914

Año IV



Núm. 77

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

dirigida por CARMEN LIRA

LAS JOVENES MAESTRAS



BLANCA ANTILLON

LITERATURA, CIENCIAS
Y
CRITICA BIBLIOGRAFICA

20 cents



RENOVACIÓN

PUBLICACIÓN QUINCENAL

LITERATURA + CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

FALCÓ, ZELEDÓN & CIA., EDITORES

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00

Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

DISTRIBUCION:

Esquina frente al Correo — LECTURA BARATA — Apartado Número 638

INTERESA A LOS MAESTROS

— SABER: —

que en la LECTURA BARATA de Falcó, Zeledón & Cía.

Esquina frente al Correo

pueden adquirir las magníficas

Obras de texto y de consulta

que anunciamos en el Boletín Bibliográfico de la penúltima página.

Allí mismo encontrarán todos los

Textos de la Escuela Moderna

que pueden serles de gran utilidad en sus tareas. Lo mismo que magníficos Mapas Geográficos de las diferentes secciones del mundo.

RENOVACIÓN

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Año IV

Núm. 77

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

La epopeya del condor ¹

¡Oh Tiro, orgullosa con tanta gloria y riquezas: tus navegantes han tocado en todas las costas, y ahora las olas del mar van a alzarse contra ti, un viento impetuoso te precipitará en medio del abismo!

En el día de tu ruina, tus riquezas, tu comercio, tus negociantes, tus marineros, tus pilotos, tus hombres de guerra y ese pueblo que llena tus asambleas, caerán contigo.

EZEQUIEL, XXVII, 1-8.

Sobre el flanco del monte meridional, cuya cimera umbría parece que interroga al horizonte, ensayaba un polluelo el plumón de sus alas, para el vuelo débiles e inexpertas todavía. Brisas recién despiertas llegaban hasta él; por la rosada inmensidad que se abre en lejanía, como enorme y sangrienta llamarada la aurora en el Oriente aparecía.

Ansiosa de pillaje, una águila llegó; batió en la roca el ébano ruidoso del plumaje e hincó la garra en la inviolada y fina carne de aquella juventud; inerte la víctima cayó. La niebla andina cubrió el horror de la tragedia.

Mudo pasó el Tiempo después, pero la muerte vencer la sangre juvenil no pudo. Fue propicia la espera. Aquel polluelo era un condor; en su pila ardía como un gran cofre millonario, el cielo;

blanca gorguera en derredor bordaba su cuello, cual blasón en que se vía la estirpe regia, prestigiosa y brava, y aptos eran sus músculos de bronce para romper, en la serena altura, a golpes de ala el huracán.

Entonce surgió el recuerdo rojo de su obscura niñez, y del altísimo peñasco voló. Al pasar, doblaron la cabeza cien volcanes, cubiertos con su casco de fuego: era un tributo a la grandeza de aquel emperador.

En la penumbra indecisa y lejana del otero, súbitamente al águila columbra absorta en devorar tierno cordero que robara a un pastor; el ala tiende, cruza, como un meteoro, el infinito, y a su enemiga en el festín sorprende con un radiante y victorioso grito.

Y fue la lid salvaje: el ansia sorda que estalla hecha tumulto; la filuda garra contra la garra; el pico fuerte, el aletazo, la agresión sañuda, el encono ancestral que se desborda y condena a la fuga o a la muerte.

Rendida al fin, entre la niebla muda huyó el águila olímpica.

Un poeta pequeño como el átomo infelice, pero grande y vidente porque canta de pie sobre la América, predice la epopeya del Pueblo que crece y se agiganta; como el viejo Profeta

¹ Poema que obtuvo el premio primero y único en el certamen de poesía promovido en París por *Mundial y Elegancias*.

que el desastre anunció de la orgullosa
Tiro ¡oh titán soberbio! yo te auguro
la ruina; es tu grandeza un opulento
roble de ramas fuertes y rotundas,
pero un gusano ha puesto en sus raíces
la justicia de Dios.

Hacia las zonas
donde duerme la América latina
en molicie sensual, sobre coronas
de laureles antiguos, se encamina
una falange de colosos. Traen
nervios de amianto y músculos de acero;
en cada rostro, de expresión felina,
de donde gotas sudorosas caen,
hay un rojizo resplandor de forja
y el gesto de un altivo aventurero
que es un conquistador. Entre su alforja,
hinchida tras titánica porfía,
desbórdase un torrente de doblones
tumultuoso y soberbio, que podría
comprar a cien Naciones,
cual si fuesen menguada mercancía.
Ellos sacaron de la vasta mina
la fuente de agua negra y luminosa,
en dos partieron la extensión marina,
encerraron en lámina divina
la palabra, con mano portentosa;
dieron al Labrador armas mejores:
haciendo el flúido eléctrico fecundo,
la noche constelaron de fulgores,
multiplicaron discos y motores,
al aire dieron trenes voladores
y hablaron con los términos del mundo;
y bajo la ambición que los empuja,
cual si retar quisiesen a la brava
nube que en hoscos ímpetus revienta,
a los cielos alzaron una aguja
diamantina e inmóvil, donde clava
sus flamígeros dardos la tormenta!

Un sueño de grandeza y poderío
en sus cabezas flota. Es la avalancha
que se desborda desde el Norte frío
hasto el confín de Magallanes. Mancha
de aceite multiforme
que avanza y crece. Y cual si mengua fuera
ya del hombre triunfar, quiere el Coloso,
que no temió de Camoens los vestiglos,
despedazar con su martillo enorme
la gigante barrera
que formaron los siglos:
y rompiendo esas moles seculares

habrá de hacer, ingentes y profundos,
un idilio de amor entre los mares
y una cita de hierro entre los mundos!

.....
Pero pocos han sido
herederos de Washington, el noble,
el patriarcal y austero ciudadano
que alzara ayer, con majestad de roble,
el pendón del Derecho americano.
Huyó la santidad de esa bandera;
y junto al haz de olivos de su escudo,
el dragón que hoy impera
las fauces abre, amenazante y mudo.
Hijos de los famosos bucaneros
son los imperialistas: herederos
de William Walker, el audaz bandido,
maestro insigne de estupendos robos,
que a Nicaragua penetró, seguido
por sus marinos lobos,
y entonces comprendió que cuando vela
por su techo y sus hijos, la gacela
puede hacerse león. Son los traidores
tentáculos del pulpo que hoy flagela
y oprime y chupa en lentos torcedores
a ese inerme país. Son los hermanos
de Vernón, que al sitiar la Heroica Villa
con su corsaria flota
huyó ante los rugidos soberanos
del león de Castilla,
y supo, en su vergüenza y su derrota,
que un soldado de España no se humilla,
porque sabe morir. Son los histriones
del Tío Sam, que a la Antilla codiciada
le negaron los dones
que le ofreciera la latina espada,
y soñaron con burdas ambiciones
trocar su magna libertad por una
muelle y dorada servidumbre un día,
¡creyendo que el cubano vendería
el Ideal que lo arrulló en su cuna!

Ellos, los nuevos bárbaros, fijaron
en el hogar vecino sus anhelos;
ávidos como Atila, penetraron
en la patria de Hidalgo y de Morelos,
y tras lid sin igual, lid sin decoro
de niños aplastados por gigantes,
ellos, los hijos clásicos del toro,
hicieron un festín de sangre y oro
con las rotas entrañas palpitantes.
Y oro y sangre también, sangre que canta
la vida, y oro espléndido de soles
bebieron en la herida sacrosanta
abierta en los dominios españoles;

fue entonces nuevo heraldo
de la raza vencida, la figura
primitiva y fastuosa de Aguinaldo:
como un último gesto de locura,
cuando, con la actitud del que despoja,
a las Islas llegó la gente extraña,
al cinto puso la luciente hoja,
clavó en las cumbres su bandera roja
y cayó... como el roble en la montaña!

Llego luego a su colmo la medida:
ahogando en el alud de la materia
a la víctima incauta y sorprendida,
el jayán de la feria
compra al traidor en la almoneda oscura,
falta a la fe con imperial cinismo
y hunde a un pueblo indefenso en el abismo
de la más espantosa desventura.
Ante ese gran dolor crucificado,
mudo, impotente, inextinguible y solo,
al crimen se han alzado
himnos de admiración de polo a polo...
Al villano que roba en el camino
—hambriento acaso—cuélgase el grillete
brutal del salteador y el asesino:

y al ladrón de Naciones
que oculto en la emboscada del bufete
y amparado por barcos y cañones
llena a un pueblo de lágrimas y luto,
a ese le da las palmas del tributo
la civilización... ¡clama y protesta
el idioma español, que no se presta
para hacer del honor pasto y vitualla,
y pregona que es ésta
la civilización de la canalla!
Concierto de abyección; verdugo listo
que al reo aclama y vilipendia a Cristo!
El Código social fustiga y mata
a quien roba a un hogar casta doncella:
¡y hoy que todo lo noble se atropella,
cúbrese de laureles al pirata
que hurtó a Colombia su mejor estrella!

Ella al infame castigar no pudo;
sobre las playas que el Caribe azota
recogió los pedazos del escudo,
y sin doblar un punto la rodilla,
mostró su veste, ensangrentada y rota,
pero limpia de fango y de mancilla.
.....
.....

Ante ese cuadro lívido,
que apenas el pincel a rasgos traza,
pálido centinela clamorea

y habla a los horizontes de la Raza
de pie sobre la torre de la Idea.
Es la voz de la unión. Entre el socio
de la noche pretérita y distante,
tal como un bronce que tocara a fuego
habla el Libertador. Ya en el cuadrante
que la impasible eternidad espía,
sonó la sollozante
hora de su tremenda profecía.

Y es forzosa esa unión, dique y cimiento
para un haz de Repúblicas. En vano
irá a buscar exótico elemento
el hijo de la Loba y del hispano:
la raza buscará cada fragmento
como busca la gota el oceano.

.....
Mas.. ¿qué son los ardientes
gritos ante la ola despeñada?
Espíritus videntes
predican paz, y anuncian la llegada
del Titán, que, cortando las ortigas
de nuestros viejos odios carniceros,
desatará las prósperas espigas
como un río de oro en los graneros...

¡Honor y gloria para Sancho, brote
de la prudencia suma,
guía, escudo y sostén de Don Quijote!
Olvidemos la pluma,
la espada y los orígenes proceros;
durmamos en molicie musulmana
el sueño de los brutos... Y mañana
cuando atrapen los cármes opimos
de la heredad los burdos mercaderes,
¡tendremos que llorar como mujeres
lo que guardar como hombres no supimos

Arde el fuego sagrado
del honor en el templo del Pasado:
jamás podrán vestir con la librea
con que viste el lacayo y el eunuco
los que fueron leones de la Idea
en Puebla y en Junín y en Chacabuco!

Es preciso vencer. No es ilusoria
la voz que da la juventud florida:
la pampa inmensa a laborar convida;
¡quien ganó las batallas de la gloria
puede ganar también las de la vida!

Despertando vigores
y arrojando en el surco la simiente,
se acercan los latinos sembradores;

y van bizarramente,
al Coloso lanzando un desafío
bajo el suntuoso pabellón del Arte,
de Chocano el apóstrofe bravío,
el arpa inmensa de Rubén Darío
y el verbo rudo y redentor de Ugarte!

Es hora de las grandes odiseas;
una bandada lírica de ideas
despierta al Continente adormecido
y hace poner de pie sus avanzadas,
como el brusco graznido
de las aves sagradas
que poniendo las lanzas y rodelas
en manos de la itálica cohorte,
avisó a los dormidos centinelas
que llegaban los bárbaros del Norte!

Es forzoso luchar; romper la infanda
noche y hacer fecunda la proceras
y alta lección que la altivez nos diera
en la patria de Sucre y de Miranda
y en la cuna de O'Higgins y Carrera.
Trabajo es libertad. Nuestro destino
es oro en el filón: para el latino
el secreto del triunfo está fincado
en ser obrero y a la vez soldado;
en romper, a lo largo del sendero,
la valla, con el filo del acero
y el surco con la reja del arado.
Pueblo que fue en la fragua modelado
no es el híbrido pueblo que en su aurora
compra trozos de patria en el mercado;
quizá el ceñudo traficante ignora
la sangre ilustre en Lexington vertida:
al atar la Luisiana y la Florida
a su carroza de brillantes ruedas,
en lugar de un puñado de su vida
dió tan sólo... ¡un puñado de monedas!

Fue el astro del Derecho en su epinicio
sol de invierno, tardío e incoloro
que apenas dió su resplandor propicio
cuando humeó el sangriento sacrificio
ante las aras del Becerro de oro;
como aborto imposible, surgió una
República imperial; tras el prodigio
de lid recia y gigante cual ninguna,
el hombre negro, redimido al cabo,
a par del gorro frigio
siguió llevando el hierro del esclavo.

Y en tanto que esa hondísima gangrena
camina en las entrañas del Coloso
y para breve plazo le condena
a caer con estrépito espantoso,
la savia nueva, generosa y rica
que nos dieran ayer nuestros mayores,
abajo el tronco nutre y fortifica
y arriba salta en eclosión de flores.
La Libertad las almas señorea
y es todo libre en monte y en llanura;
desde el boa monstruoso que en oscura
landa la presa espía, y se recrea
en su banquete de siniestras galas,
al colibrí pequeño, miniatura
del arco-iris, flor que juguetea,
rayo de sol sobre columpio de alas!
De nuestra casa bajo el amplio techo
hallan el pan y el vino
junto al pendón sagrado del Derecho,
el indio, el ruso, el sirio, el africano;
y es porque encierra el Ideal latino
todas las ansias del linaje humano,
como contiene el caracol marino
la voz, la inmensa voz del Oceano.

Monroe lanzó su fórmula colérica
y ambigua, como un reto, hacia la Europa;
Sáenz creó nuestra divisa: «América
para la humanidad.» Bulle en su copa
la vida. La esperanza es una estrella
que conduce a la Tierra Prometida
las caravanas de emigrantes; ella
renueva la resaca empobrecida,
palpita en un compás grave y profundo,
y hasta la extremidad más apartada
¡lanza toda esa vida desbordada
como si fuese el corazón del mundo!

.....
.....

La Raza está de pie.

Como un vigía
que vela en los graníticos bastiones,
el Momotombo enciende sus farales;
y como los tupidos escuadrones
de un ejército en marcha, que triunfales
pendones lleva y al combate guía,
se enfilan en la turbia lejanía
los Andes con sus cumbres inmortales.

Viene de la llanura
la fragancia otoñal que da la siembra

Lea el 'Boletín Bibliográfico' No. 5 de la última página. Le interesa.

en sazón ya. La tierra es una hembra que ha dado a luz. Como la hostia santa, incendiando los cielos se levanta el sol del Porvenir. El azul pleno canta: es el mismo luminar sereno que alboreaba en el pálido infinito

cuando, desde las velas españolas,
se alzó el potente grito
de Rodrigo de Triana
¡y anunció la epopeya americana
entre el salvaje estruendo de las olas!

A. MARTINEZ MUTIS

Desolación

¿A quién confiaré mi pena?

El crepúsculo. Gruesos copos de nieve giran perezosamente en torno de los mecheros de gas que se acaban de encender, y se posan, formando una capa blanda y fina, sobre los tejados, sobre las grupas de los caballos, sobre los hombros y los sombreros. El cochero Iona Potapof está blanco como un fantasma. Plegado sobre sí mismo, tanto como puede plegarse un cuerpo humano, está sentado en el pescante y no hace ningún movimiento; aunque cayera sobre él todo un montón de nieve, no experimentaría, a lo que parece, la necesidad de desembarazarse de ella. Su caballo permanece también igualmente inmóvil y blanco. Por la angulosidad de sus formas, la rigidez de sus patas, la inmovilidad, se parece, hasta de cerca, a un caballito de pan de higo de un kopek. Está evidentemente sumido en sus pensamientos. En efecto, después de haber sido arrancado a su arado, a sus paisajes habituales y grises, y de haber sido lanzado a aquel abismo lleno de fuegos monstruosos, de incesante ruido y de gentes que corren, ¡cómo no pensar en todo eso!

Hace ya mucho tiempo que Iona y su caballo no se han meneado; han salido de la cochera poco después de la comida, y no se han *estrenado* aún... Y la niebla de la noche cae sobre la ciudad. Los innumerables fuegos de los faroles reemplazan a la luz viva. La agitación bulliciosa de la calle llega a su mayor fuerza.

—Cochero, cuartel de Viborg—oye Iona de repente.

Iona se estremece y al través de sus pestañas, pegadas por la nieve, ve a

un oficial con capote y la capucha echada.

—Cuartel de Viborg—repite el oficial.—¿Estás durmiendo? ¡Cuartel de Viborg!

Iona, en signo de consentimiento, tira de las riendas, y este movimiento hace que caiga la nieve de sus hombros y de la grupa del caballo. El oficial se sienta en el trineo. Iona excita con la boca a su caballo, se inclina hacia adelante, tiende un cuello de cisne, y, más por costumbre que por necesidad, hace sonar el látigo. El caballo también alarga el cuello, dobla sus piernas rígidas, y se pone en marcha con paso indeciso.

—¿Por dónde vas, animal?—oye exclamar Iona desde los primeros pasos en la masa negra que sube y baja. ¿Por dónde diablo vas? Toma a la derecha.

El oficial se enfada.

—¿No sabes guiar?... Toma a la derecha.

Un cochero de lujo jura; un transeunte que atraviesa la calle, y a quien han rozado la espalda las narices del caballo, mira a Iona de un modo furioso, y se sacude. Iona, como si estuviera sobre alfileres se revuelve en su asiento, menea los codos a derecha e izquierda, mueve los ojos, como un hombre a quien el vapor ciega, y tiene aspecto de no comprender en dónde está ni por qué está allí.

—¡Qué imbéciles!—exclama el oficial. Se diría que se han puesto de acuerdo para ponerse delante del caballo.

Iona se vuelve hacia su parroquiano y no mueve los labios.

Quisiera decir algo, pero no sale de su garganta sino un sonido ronco.

—¿Qué?—pregunta el oficial.

Una sonrisa contrae la boca de Iona, hace un esfuerzo y dice con voz sorda:

—Mi hijo, señor... ha muerto esta semana.

—¿Eh?... ¿De qué ha muerto?

Iona vuelve el busto y dice:

—¿Quién lo sabe?... De la fiebre probablemente... Ha estado tres días en el hospital, y ha muerto. Hágase la voluntad de Dios.

—¡Cochero, cuidado!—exclama una voz con enérgicas palabras.—¿Vas ciego? Abre los ojos.

—Anda, anda, dice el oficial,—o no llegaremos hasta mañana... Arrea un poco.

El cochero tiende de nuevo el cuello, se yergue y agita el látigo. Varias veces se vuelve hacia el oficial, pero el oficial ha cerrado los ojos y no parece dispuesto a escucharle.

El oficial baja en el cuartel de Viborg, y Iona queda parado en aquel sitio sin menearse. La nieve blanquea de nuevo a su caballo... Pasa una hora, luego otra.

Tres jóvenes llegan disputando. El uno es bajo y jorobado; los otros dos son altos y delgados.

—Cochero, al puesto de policía—grita con voz cascada el jorobado.—Los tres, veinte kopeks.

Iona tira de las riendas y castañetea los labios. Veinte kopeks es un precio irrisorio, pero no piensa en el precio. Un rublo o cinco kopeks, todo le es lo mismo ahora, con tal de llevar gente. Los jóvenes, empujándose y diciendo palabras gruesas, se acercan al trineo y quieren subir los tres a un tiempo. Discuten sobre quienes han de sentarse y quién ha de permanecer en pie. Tras un largo debate, deciden que el jorobado, como más pequeño, permanezca en pie.

—Vamos, anda—dice el jorobado, instalándose y soplando en el cuello de Iona.—¡Arrea! ¡Y tienes un sombrero, amigo... No se encontraría uno semejante en Petersburgo.

Iona ríe:

—¡Jí, jí!... Así es...

—Bueno, arrea, arrea... ¿Vas a ir a este paso todo el tiempo?

—La cabeza se me parte... —dice uno de los dos mayores.

—Ayer noche, en casa de los Douk-massov, Vaska y yo hemos bebido cuatro botellas de cofiac.

—No comprendo que se mienta así —exclamó indignado el otro alto.— Mientes como un animal.

—Que Dios me castigue si no es cierto.

—Tan cierto como que tose una gallina.

Iona sonríe

—¡Jí, jí! Son señores alegres.

—¡Que el diablo te...! exclama el jorobado. ¿Quieres andar, viejo apesotado? ¡Valiente paso! Arrea, arrea, firme.

Iona siente detrás de su espalda el cuerpo que se mueve y la voz que tiembla del jorobado; oye las injurias que le dirige, ve a las gentes, y el sentimiento de la soledad comienza insensiblemente a suavizarse en él. Los dos altos se ponen a hablar de una tal Nodejda Petrovna.

Iona se vuelve hacia ellos a cada momento.

Aprovechando un minuto de calma, murmura:

—Esta semana... he perdido a un hijo...

—Todos morimos—suspira el jorobado, enjugándose los labios después de un acceso de tos.—Vamos, arrea. De prisa, señores, así no podemos ir. ¿Cuándo vamos a llegar?

—Reanímale un poco pegándole en el cuello.

—¿Lo oyes, viejo?—Si gastáramos cumplidos con vosotros, habría que ir a pie. ¿Lo oyes, serpiente Gorinytch? ¿Te burlas de lo que decimos?

Iona, aunque no los oye, oye el ruido de los golpes que le pegan.

—¡Jí, jí!... Son señores alegres! Dios les conserve la salud.

—Cochero. ¿Estás casado?—pregunta uno de los altos.

—¿Yo? ¡Jí, jí! Mi mujer está ya bajo la tierra húmeda. ¡Jí, jí! la tumba...

vamos. Ya ven, mi hijo ha muerto y yo vivo. ¡Qué cosas! La muerte se ha equivocado de puerta... En lugar de venir a mí, ha ido a mi hijo.

Iona se vuelve para contar cómo ha muerto su hijo.

Pero el jorobado, lanzando un ligero suspiro, anuncia que gracias a Dios han llegado... Iona recibe sus veinte kopeks y se queda mirando a los jóvenes que desaparecen por un portal sombrío.

¡Solo otra vez! Y una vez más empieza el silencio... Su pena, un instante calmada, renace y angustia su pecho con una fuerza mayor. Los ojos de Iona recorren ansiosos los grupos de gentes que se apresuran por los dos lados de la calle; ¿no se hallará entre aquellos miles de personas alguna que le oyera? Pero las gentes pasan sin fijarse en él ni en su pena...

¡Pena enorme, sin límites! Si el pecho de Iona estallara y su angustia se esparciese, parece que inundaría el mundo entero, y sin embargo nadie la ve.

Iona ve a un agente y se decide a hablar con él.

—Amigo—le dice,—¿qué hora puede ser?

—Las nueve dadas... ¿Por qué te paras aquí?—le respondió el agente.—Sigue.

Iona avanza algunos pasos, se recoge sobre sí mismo y se entrega a su pena... Ve ya que dirigirse a las gentes es trabajo perdido.

No han transcurrido cinco minutos, cuando levanta la cabeza como si sintiera un dolor agudo, y tira de las riendas... No puede más. «Al relevo—se dice,—al relevo.»

El caballo, como si lo comprendiera también, empieza a trotar. Al cabo de una hora y media, Iona se había calentado junto a una gran estufa. Otras personas roncan tumbadas en el suelo. Hay una atmósfera irrespirable... Iona mira a los que duermen, se rasca la cabeza y se arrepiente de haber vuelto tan pronto.

«Ni siquiera he ganado mi avena—piensa;—por ésto me aburro... Un hombre que hace lo que debe hacer, cuando ha comido y su caballo también, está siempre tranquilo.

Un cochero joven se levanta desde un rincón, se queja medio dormido y va a coger un jarro de agua.

—¿Tienes sed?

—Sí.

—Pues bien, a tu salud. ¿No sabes, hermano, que mi hijo ha muerto esta semana en el hospital? Es una historia.

Iona quiere ver el efecto que han producido sus palabras, pero no ve nada. El cochero se ha vuelto a tapar la cabeza, y duerme. Iona suspira... Va a hacer ya una semana que su hijo ha muerto, y todavía no ha podido decirselo tranquilamente a nadie. Habría que decirlo con orden, reposadamente; contar cómo su hijo cayó enfermo, cómo sufrió, lo que dijo antes de morir y cómo murió... Habría que contar su entierro. Le queda una hija en el pueblo, Anisia; también habría que hablar de ella. ¡Quisiera hablar de tantas cosas!... El que le escuchara suspiraría, gemiría y sabría compadecerle. Contárselo a las mujeres sería mejor aun; son tontas, pero basta con dos palabras para hacerlas llorar.

Tengo que ir a ver mi caballo—se dice Iona.—¡Ya tendrás tiempo de dormir! No tengas miedo, dormirás bastante.

Va a la cuadra.

Piensa en la avena, en el heno, en el tiempo que hace.

No puede pensar en su hijo cuando está solo. Podría hablar de él con alguien; pero pensar en él estando solo y representárselo en vida, es atrozmente penoso.

—¿Comes?—pregunta a su caballo.

—Vamos, come, come. Puesto que no hemos ganado para avena, comamos heno... Sí... Ya estoy viejo para hacer de cochero... A mi hijo le iba bien, pero no a mí. Él era un verdadero cochero. No tenía más que vivir.

A los maestros: Acabamos de recibir la importante obra
Cuadros de la Naturaleza, de J. ANTONIO URIBE.

Iona se calla un rato, y luego dice. —Sí, caballo, así es. Ya no tenemos a Kouzma Yougtchtoff. Ha querido dejarnos. Le cogió así de repente, y ha muerto sin motivo... Mira, supongamos que fueras padre de una jaca, y

que de pronto esa jaca te dejara solo; ¿no serías desgraciado?

El caballo come, escucha y sopla sobre las manos de su amo.

Iona se olvida de que es un ser irracional, y se lo cuenta todo.

ANTON TCHEKHOV

El pino

Es de un pino que no conozco, es decir, sí conozco aun cuando mis ojos no lo contemplaron nunca. Sin embargo me ha hecho sentir tanto como si lo hubiese encontrado a mi paso y mirado días y días. Bien puede ser también que a mí que he vivido tan lejos de él, me haya ofrecido más placer que a gentes que pasaron la existencia a su lado y que apenas si una vez en toda ella se dieron cuenta de que había un pino muy cerca.

¿Qué importa pues, yo crea es una verdad esa mentira? ¿Por ventura no hay también cosas y gentes que se nos ponen diariamente bajo los ojos sin que detengamos jamás en ellos la mirada y sin que nunca digan nada a nuestro espíritu?

Es un pino que he conocido tan bien, como el árbol que Cenicienta plantó junto a la tumba de su madre y que hacía llover oro y plata sobre su vestido mugriento; como el árbol que canta, del cuento oriental; como el árbol en donde aquel príncipe convertido en pájaro azul iba a posarse para alegrar a la hermosa princesa cautiva.

¡Ah! ¡y lo que ese pino que no han visto mis ojos me ha hecho soñar!

¿Cómo lo conocí? Muy sencillo.

Entonces aun llevaba yo el pantalón por la rodilla y hablaba con una suave voz de niña. Hallábame arrecostado en el alféizar de una ventana en el que había también unos tiestos sembrados de malva de olor. Adentro, en la sala alumbrada por los últimos resplandores de la tarde, aleteaba el murmullo de una conversación.

El prometido de mi hermana Este-

fanía que en esa misma tarde había regresado de la ciudad en que vivía, dijo:

—Mira Estefanía, te aseguro que el poeta que conociste en mí, ya no está. La vida me obligó a echarlo a punta-piés.

Sin embargo, un rato después habló así:

—Quisiera que conocieras el pino que hay frente a mi casa. Pienso que semejante era el árbol que canta del cuento que leíamos de chiquillos, ¿recuerdas Estefanía? ¡Tiene el viento un modo de enredarse entre sus hojas finas! Esta noche me hará falta su murmullo y mañana al despertar no lo oiré tampoco. Es un pino muy bello, Estefanía; quisiera que lo miraras y lo oyeras.

Y un rato después:

—También quisiera que hubieras visto la tarde de ayer en mi ciudad. La luz del sol que se ponía, flotaba sobre las casas y entre las calles, parecida a un polvillo de oro. Hubieras dicho que la alegría misma era la que se cernía sobre todo, en forma de aquel polvillo luminoso. Yo sentía el corazón regocijado. Había algo semejante a la risa en el brillo que envolvía los árboles, las cercas de piedra vestidas de musgo y las montañas lejanas. Los techos y los cristales de las ventanas despedían reflejos y de rato en rato bandadas de palomas volaban sobre nuestras cabezas dejando caer rumores de seda. Los chiquillos gritaban en las plazas y en las calles; grupos de muchachas paseaban cogidas por el talle dejando tras ellas una estela de frescura, y en los rostros de las comadres que de-

partían en las puertas, se veía la misma placidez que se agitaba en el aire. Yo iba a través de todo esto con el espíritu regocijado.

Luego yo pensé—mientras miraba a través de los vidrios, el crepúsculo que apenas era ya una débil claridad que temblaba en el fondo del cielo—en la tarde que había llenado de regocijo el espíritu del prometido de mi hermana Estefanía.

Mi corazón de chiquillo que iba a franquear pronto los umbrales de la adolescencia rumiaba con fruición todo lo que acababa de oír.

¡Ah! ¡Dios mío! ¡Y cómo me habría gustado sentir que la alegría en forma de un polvo de oro me acariciaba el rostro! ¿De veras vió en el brillo que cubría los árboles y el musgo de las cercas de piedra, algo parecido a la risa? ¿Y qué habría en el gritar de los niños, en el vuelo de las palomas, para que sintiese su corazón jubiloso?

¡Y el pino que a él le hacía pensar en el cuento del árbol que canta! ¡Qué bello estaría el pino esa tarde!

La luz de oro que se agitaba en el ambiente cubriría en partes su follaje verde oscuro y su tronco áspero, y esos matices áureos luciendo sobre el tono profundo de las hojas tenían que formar una armonía que los ojos escucharían encantados.

Pudiera ser que en la punta de la

copa, una de las palomas blancas que hacían vuelos sobre el caserío, se hubiese posado a descansar!

Yo creía ver sobre el fondo amarillo del cielo, dibujarse el encaje que tejían las hojas del pino.

En las noches de luna, uno podría imaginar que la luna era una araña de plata que había tejido su tela sobre el ropón oscuro del pino.

Quizá se hallaba en un huerto abandonado, tras una tapia ruinosa en la que el musgo hacía su labor melancólica. Si yo hubiese sido el prometido de mi hermana Estefanía, cuando no hiciese viento y todo estuviese inmóvil, me escurriría por uno de los vanos de la tapia ruinosa y tendido en la hierba, escucharía el silencio que descendiese del pino.

Las mañanitas en esa ciudad se atavían con una niebla fina y el árbol de nuestro amigo debía tener entonces el aspecto de una novia, con aquellos tulles de niebla prendidos en su copa.

Y el sonido, el sonido que tenía que producir el viento en su ramaje? Allí el viento no se desliza—me decía—las hojas no lo permiten, sino que vibra.

Y yo seguía pensando: ¿Cómo será el sonido del viento entre las ramas del pino? Tal vez como el que hace el chorro de la fuente rumorosa al caer en el cántaro...

CARMEN LIRA

Un capítulo de un libro de Félix Klein¹

El libro de donde tomamos este capítulo *Mi ahijado en el jardín de los niños*, de Félix Klein, es un libro que debe ser conocido no solamente por los educadores de *Kindergarten*, sino también por todos los maestros y aun me atrevo a añadir que debía pasar por las manos de todas las mujeres.

Se ve que su autor ha estado muchas horas de su vida asomado al espíritu cristalino y a la par misterioso del niño.

LA AUTORIDAD Y LA INICIATIVA:
POLÍTICA DE LA CONFIANZA

Nuestra táctica es aquella que se in-

culca hoy al ejército francés y cuyo secreto ha transformado a los griegos—de bandas no ha mucho impotentes—en soldados a quien nada resiste. Queremos que vuestras jóvenes tropas persigan a la vez una victoria común y desplieguen para alcanzarla una actividad llena de iniciativa en la que cada uno se habitue a pedir consejo a sí mismo.

¹ *Mon filleul au jardin des enfants*, de venta en la librería LECTURA BARATA de Falcó, Zeledón & Cía., esquina frente de el Correo.



Nunca aspiraremos a sustituir con nuestra voluntad, la del niño, ni le exigiremos en manera alguna lo que no tiene su consentimiento: empeño, por otra parte, tan absurdo como impío en el que lo más que se podría obtener sería detener por un tiempo más o menos largo, la facultad cuyo movimiento creérase dirigir. La obra educativa no es conducir un alma joven al antojo ni por los caminos preferidos por el educador, sino estudiar de lo que es capaz, aquello para lo que está hecha, ayudarle con delicada solicitud a realizar su propio ideal, hacer pasar del poder al acto, las virtualidades que ha depositado en ella, en ella solamente, el Artista infinito que no se repite en ninguna de sus obras.

Por eso no me sorprende que después de veinticinco años de consagración a la infancia, un gran obispo declare que el sentimiento más vivo que guarda de esta experiencia, «es un respeto religioso mezclado de temor, en presencia de estas criaturas jóvenes y poderosas, cuyas facultades son tan libres, tan fuertes, tan invencibles». Y estas palabras no son el efecto de un arranque oratorio; pues he aquí lo que dice en seguida: No puedo mirar un niño de tres años, sin experimentar cierta inquietud, sin meditar profundamente en él, sin pensar que su voluntad es independiente de la mía: en efecto, por más joven que sea, puede desear sin mí, a pesar mío y contra mí. Se le puede matar pero no se le puede hacer querer a pesar suyo. Pero a qué decir un niño de tres años ¿y qué importan tres años más o menos? Es mi naturaleza, es la vuestra, es la humanidad entera: es un ser superior dotado como vosotros y como yo, vuestro semejante y el mío, una potencia igual a la vuestra.»¹

No se creería escuchar desde el otro extremo del pensamiento humano, a aquella fogosa individualista, Ellen Key, reclamando que ante todo se respete y desenvuelva la personalidad

del niño al cual fuera de algunas leyes esenciales de la humanidad «no se exija ni se le pida nada que se oponga a su naturaleza, a sus disposiciones, a sus gustos; que se consideren «sus sentimientos, sus deseos, sus derechos, como los de una persona mayor»; que se tenga cuenta en fin de que «cada niño es un mundo nuevo, no una repetición, no una de estas páginas en blanco en donde se trata simplemente de delinear un modelo determinado?»¹

Decimos casi por todas partes, que la causa del principio de iniciativa está ganada; y nadie duda, por lo menos en teoría, que se debe dejar al niño obrar por sí solo mientras su bien no se oponga a ello claramente. Nuestra intervención en su vida se hace más discreta y es más satisfactorio para nosotros operar en él, modificando las circunstancias de su ambiente, que ordenarle directamente lo que deseamos haga. A menudo lo dejamos abandonado a él mismo y muchas veces le dirigimos sin que se aperciba. Ya es libre, ya se figura serlo; pero aun cuando se sienta ligado por la obediencia, queremos que sea una obediencia con la cual esté de acuerdo.

No es que nos creemos obligados a justificar, ni aun explicar en su presencia, cada una de nuestras órdenes; pero estimamos que la autoridad, nuestra autoridad, para ejercerse en condiciones morales y moralizadoras, debe hacerse aceptar una vez por todas, debe haber inspirado confianza y veneración. Basta para esto que el niño tenga conciencia de su debilidad, de la necesidad que tiene de nosotros, del bien que le hacemos y sin el cual no puede pasar.

Para impedirle tales sentimientos, evitaremos lo que falsearía en él nuestro prestigio. Nunca nos verá perder el dominio sobre nosotros mismos, nunca le ofreceremos el espectáculo de nuestras propias contradicciones, ni

¹ Mgr. Dupanloup: *El Niño*.

¹ Ellen Key: *El Individualismo*.

de nuestros disentimientos con las otras personas encargadas de su formación. Miraremos como una falta, mentirle bajo cualquier pretexto; como una locura abusar de su candor; como un crimen, traicionar sus conmovedoras confidencias. Una vez ida la confianza, no vuelve en mucho tiempo y a quien no inspira confianza se le puede ceder por la fuerza, pero no obedecer. En la casa paterna, en la escuela, como en el reino de Dios, la única sumisión que debe ser, es aquella de los hijos, no la de los esclavos; ella brota más bien del corazón que de la razón.

La autoridad paternal y dulce no se contamina por eso de debilidad. Debilidad y autoridad son palabras que se excluyen. Las órdenes, una vez dadas deben revestir el carácter inmutable de las leyes de la naturaleza. Antes de darlas es que hay que reflexionar y preguntarse, no solamente si son legítimas sino también si son necesarias. Si no lo son, absteneos.

Nada disminuye tanto la fuerza de la autoridad como usarla demasiado. No hay quizá peor abuso en educación. Jamás se deja al niño tranquilo, sobre todo en la primera edad.

Mirad en un jardín público, a los pequeños que llevan las jóvenes madres o las niñas. No pueden hacer un gesto, sin que se les pida otro, ir por un lado sin que se les diga que pasen a otra parte: «No camines tan ligero o tan despacio. Ponte más derecho. Ya se ha jugado bastante con el globo; salta ahora a la cuerda, etc.

Muchas veces al atravesar el Luxemburgo he escuchado tales diálogos o más bien monólogos, porque de ordinario el niño no responde y aun más, no oye nada; felizmente su filosofía deja pasar sin conmoverse la ola intemperante. La dificultad no comienza sino cuando, listo para jugar en un lugar, reciba la orden inaturalmente! de ir a divertirse a otra parte. En la lucha que en tal ocasión no deja de entablarse, entre su devoto tirano y él, es el niño quien queda casi siem-

pre dueño del campo de batalla, y su resistencia victoriosa confirma una vez más el proverbio alemán, de que para hacerse estimar, hay que mostrarse raras veces: *willst du was gelten, so mach dich selten*. A la mayoría de los educadores podría decirseles: «Os quejáis con razón de las dificultades sin número que complican vuestra tarea. Queréis el medio muy sencillo de suprimir de un golpe la mitad de ellos? Suprimid la mitad de vuestras órdenes».

Y si la otra mitad está hecha de órdenes positivas, no de simples prohibiciones; si en lugar de abstención, propone un papel activo, lo que queda de dificultades, no tarda en desaparecer.

No digo que en la vida de los niños no se presente nada que se deba impedir. En lo que en ella se ve, oye o adivina, hay, lo sé muy bien, multitud de acciones, palabras, actitudes, pensamientos y aun sentimientos que con razón uno se contentaría de no encontrar allí y los cuales es nuestro deber eliminar. Así pues, que se trabaje por hacerlos desaparecer; pero que se trabaje para ello de la manera más conveniente: sustituyéndolos con algo más atrayente y que desvíe en provecho suyo la actividad llevada por un mal camino. Aquel a quien se prohíbe simplemente tal cosa o tal otra, continúa pensando en ello aun cuando esté dispuesto a obedecer; y la tentación se prolonga aumentando la dificultad. Proponedle, por el contrario, algo completamente distinto, llamad a otro lugar su atención y la idea anterior abandonará su espíritu, llevando con ella su peligrosa seducción. A los alumnos distraídos por el ruido de la calle, no les digáis que no le pongan cuidado; redoblad el interés de vuestra demostración; haciedles comenzar un trabajo nuevo. Al niño que maltrata las flores o los animales, no os contenteis en mostrarle la fealdad que hay en semejante conducta: dadle un pedacito de jardín, confiad a su cuidado la jaula de los pájaros.

Es lo que William James, en el final

de sus «Conversaciones Pedagógicas» llama: «Inhibición por sustitución», e invoca a este propósito la observación profunda de Spinoza de que todo lo que un hombre puede evitar pensando que es malo, podría evitarlo igualmente pensando que otra cosa es buena. Con el autor de *La Ética*, llama esclavo a aquel que se preocupa sobre todo por evitar el mal y llama hombre libre al que obra impelido por la idea del bien.

Todo el método está allí, y para tomarlo de menor altura que los filósofos, es el mismo que recomiendan las más experimentadas de nuestras educadoras de hoy, cuando se les pregunta cómo se puede mantener el orden en una clase numerosa de niños muy pequeños, al limitarse a contestar: «Ocupémosles y habremos resuelto el problema»¹ o bien: «El niño no debe estar sometido a una disciplina que lo volvería pasivo, que sería la negación de su naturaleza, la cual es actividad, agitación y movimiento... No deis la impresión de que la escuela es el silencio obligatorio y perpetuo, el lugar de la inmovilidad; que moverse allí es un crimen, que hablar allí es un pecado».²

No es suficiente que los niños ejecuten algo. Deben, en la mayoría de las ocasiones ejecutar impulsados por ellos mismos, y la maestra les debe dejar lo más que se pueda de libertad, de independencia, de espontaneidad, siempre lista sin duda a ayudarles con sus consejos, si le preguntan o si es indispensable, pero nunca tan satisfecha como cuando ensayan de conseguir lo que desean sin su ayuda. Esto es muy sencillo de decir, pero no de realizar, y el número de educadoras bastante desligadas de ellas mismas para desear, para hacer que sus discípulos aprendan a pasarse sin su ayuda, no es todavía grande.

De Montaigne a Fenelón, a Rou-

¹ Mme Kergomard: *La Educación maternal en la escuela*.

² Mme. Jeanne Gerard: *La Educación de los primeros años de la Infancia*.

seau, a Pestalozzi, a Froebel, a Spencer, la pedagogía moderna avanza en este sentido, pero con una lentitud extrema y de los diversos servicios que le ha prestado la eminente autora de *Case dei Bambini*, el más apreciable quizá es el de haber activado este movimiento. Ella no merece felizmente el elogio intempestivo que algunos le han prodigado, de suprimir todo principio de autoridad, de abandonar siempre los niños a sus propias fuerzas. Pero ella mide, limita a la necesidad real que tienen, según las circunstancias y su naturaleza individual, la ayuda que les es acordada, la intervención del maestro o de la maestra. Menos profundo que los escritos de los grandes pedagogos del siglo XIX o de contemporáneos como Foerster y Dewey, su libro es más elocuente y goza en este momento de más boga; llama más la atención sobre la «disciplina de la libertad» opuesta al viejo método en donde el ideal era permanecer «inmóvil como un paralítico y silencioso como un muerto»; muestra que la independencia no consiste en no tener a nadie por encima de sí, sino en poder pasarse sin la ayuda ajena: el manco que no puede, falto de un brazo, desatar su calzado, y el príncipe que por un prejuicio social no puede hacerlo tampoco, le parece que militan bajo la misma bandera: «No quiero ser servido porque no soy un enfermo, tal es la idea que se necesita para sentirse libre».¹

En la escuela modelo de la Vía Giusti en Roma, no sólo los pequeños de cinco y seis años, sino los de cuatro y la mayor parte de los de tres, se les deja a ellos mismos el cuidado de su toilette; solos se visten, se desvisten, se lavan las manos, se quitan y se ponen sus sombreros y sus sobretodos, se calzan y se delcalzan y si una ayuda es necesaria, la reciben de un camarada y no de la maestra. En la comida del medio día que hacen en común, son ellos los que colocan el servicio, tienden las carpetas, ponen

¹ *Les case dei Bambini*.

los platos, los vasos y hay que ver la dignidad, las precauciones de los dos o tres, que vestidos con delantales blancos, llevan la sopera y los platos delante de sus camaradas. Otros con no menor seriedad y atención después de la comida, lavarán y secarán la vajilla sin romperla y mejor que los criados profesionales. He aquí futuros italianos que comprenderán el *Fara da se*.

María Montessori cuenta un ligero rasgo, que parece hablar muy alto de su método y del nuestro: «En una ocasión, los niños se habían reunido alrededor de un pequeño estanque lleno de agua, en el que nadaban algunos peces. Teníamos en la escuela un muchachito de dos años y medio apenas, que se había quedado solo atrás. Yo lo observaba de lejos. Se aproximó al grupo, procuró apartar a los otros para hacerse un lugar, pero comprendió pronto que no tenía fuerza. Entonces se retiró y miró alrededor suyo. Era interesante observar sobre el pequeño rostro, el juego del pensamiento; si hubiese tenido una máquina de retratar, habría fijado las variaciones sucesivas. De pronto, apercibió una silla y se apresuró a traerla cerca del grupo para subir y ver por sobre la cabeza de los otros. Daba gusto contemplar su cara iluminada por la alegría. Justamente en este momento la maestra lo tomó brutal o gentilmente, según lo que se piense, y le dijo: «Ven mi pobre chiquillo, mira tu también!» Al mirar los peces el niño no experimentó por cierto la alegría que hubiera tenido dominando con solo sus fuerzas el obstáculo. La visión deseada no le procuró ventaja alguna, en tanto que un esfuerzo inteligente habría desenvuelto su ser interior. La maestra le impidió educarse por sí mismo. El estaba a punto de ser un victorioso; así, quedó siendo un impotente. Su carita, al perder aquella expresión de alegría y de esperanza que la iluminó por un instante, recobró el aire de beatitud estúpida de los niños seguros de que se obrará por ellos.»¹

Más que de nuestra ayuda, los niños tienen necesidad de nuestra confianza. Material y moralmente necesitan para llevar a cabo un esfuerzo provechoso, de sentirse dueños de su acción, de creer que la iniciativa, el desarrollo y la consecuencia no dependen sino de ellos mismos. Nuestro papel como educadores, es el de una Providencia invisible que dispone las circunstancias de manera que el esfuerzo que uno se propone, no pase más allá de las capacidades o de las luces ya adquiridas: pero una vez terminada discretamente esta tarea, desaparecemos para dejar campo libre a las energías que están a punto de desplegarse, a las cuales sólo el ejercicio personal es capaz de hacer crecer y a quienes debemos respetar bastante para no ir nunca contra ellas sin necesidad.

Pestalozzi dice que «si el hombre es malo es que se le ha cerrado el camino en el que habría tenido la voluntad de ser bueno». Así, pues, preocupémonos constantemente de abrir a nuestros pequeños nuevas perspectivas del bien y sugirámosles la idea de que están hechas para ellos. Aun cuando cayeran en una falta, lejos de insistir en recordársela, de hacerles pensar así que están en cierto modo identificados con ella, afirmémosles que están lejos de esta villanía o de acción tan cobarde. Y a los discursos agreguemos algo todavía más elocuente: nuestro modo de obrar. Ostensiblemente suprimamos tal o cual vigilancia, para hacerles ver hasta qué punto contamos con ellos. Pidámosles que nos hagan servicios personales o que ayuden a sus jóvenes camaradas. Confiémosles el cuidado material y algunas veces en cierta medida la conducta moral de los más pequeños: «Ayúdale a vestirse; enséñale cómo se sostiene el lápiz; ve a decirle muy bajo que se esté quieto; vigílalo a la entrada para que no tire piedras». En algunos casos, esto es, cuando se llega a aquel en que necesitan ellos mismos corregirse, les encargaremos el enmendar a los otros; y si el procedi-

(1) *Les case dei Bambini*.

miento parece paradógico; haré memoria del pillete berlinés quien teniendo la triste costumbre de mostrarse cruel con los animales, fué curado de su brutalidad, el día en que su maestro por inspiración genial, le nombró presidente de la pequeña Sociedad Protectora establecida en la escuela.

Es,—dice Froebel—porque confiamos muy poco en la fuerza interior que vive en el niño, por lo que ella no produce casi nada; el hecho solo de no usarla, la deprime o la destruye. Manifiestarle confianza al niño, es penetrarlo de este sentimiento indispensable a todo verdadero progreso. Es conducirlo a tomar consecuencia de ella. Es hacerle sentir a la vez lo que debe hacer y lo que puede hacer. «Me sentía dispuesto — cuenta Chateaubriand, que tuvo que sufrir el método contrario y al que debió quizá la amargura desdeñosa que sufrió en el trascurso de su vida — me sentía dispuesto a hacer todo el mal que parecía esperarse de mí».

A los niños que tenemos bajo nuestro cuidado, démosles siempre lugar de creer que aguardamos de ellos el bien.

DEL CAPITULO

DISCIPLINA INTERIOR

Bajo la calma y la dulzura de nues-

tros procedimientos se oculta una gran firmeza de principios, de principios que no intervienen deliberadamente, para incomodar sin motivo al niño en cada detalle de su existencia, pero que en las raras circunstancias en que aparecen, exigen absolutamente que todo se incline ante ellos. No hablan, aun en esos momentos, como maestros duros sino que hablan como maestros que se hacen escuchar. «Hijo mío, sería más hermoso si procedieses así: cuando se es valiente como tu, no se tiene miedo de las dificultades; cuando se ama al buen Dios, como tu, no se le niegan tales sacrificios. Si continúas mostrándote tan malo, refunfuñando, llorando por tonterías, no podré reconocer a mi amiguito, que era tan gentil esta mañana, durante nuestro paseo, quien me hizo ayer aquella hermosa promesa. Quién me ha cambiado a mi querido niño? Tú, tú no eres mi verdadero niño .. No quieres terminar este trabajo, reparar el mal que has hecho, no quieres atender lo que te pide tu conciencia? No quieres escuchar al buen Dios que habla en el fondo de tu corazón? No comprendes aun? Está bien, aguardaré... Pienso que hoy estás enfermo; queda tranquilo. Cuando quieras obedecer, me lo dirás».

FELIX KLEIN

Arreglo de la Dirección.

En relación...

Para consolar la pequeñez de los chicos, difícilmente podrá inventarse algo más eficaz que la concepción de las relaciones. Es esto como la piedad de las matemáticas, porque son realmente piadosas esas conclusiones, extraídas de los números hábilmente manejados.

Si se dice, por ejemplo, nuestro país es diez veces más pequeño que tal otro, nuestra población es diez veces menor que la de tal país, y nuestra riqueza es el décimo de la de tal

nación... concluye uno por sentirse abrumado, abatido!... Pero, si en vez de colocar a los números frente a frente, como dos ejércitos enemigos, los dividimos y subdividimos por divisores infinitos, las cosas cambian, y, a la superioridad brutal de los dividendos, sucede la consoladora igualdad de los cuocientes.

Indudablemente, ciertas cosas no pueden medirse sino por relaciones. Me explico que el adelanto de nuestra instrucción, se mida dividiendo el nú-

mero de nuestros habitantes por el número de nuestras escuelas; me explico que la importancia de nuestra red ferrocarrilera, se aprecie dividiendo nuestros kilómetros de superficie por nuestros kilómetros de vía férrea;... pero no me explico que se quiera luchar con relaciones en un terreno donde no se vence sino con absolutos!

Si dividimos el total de nuestra población por la cifra de nuestros soldados, quizás resulte que «en relación», nuestro poderío militar es superior al de Alemania; si dividimos, igualmente, la cifra de nuestros habitantes por el tonelaje de nuestra escuadra,... quizás resulte que nuestro poder naval es superior al de Inglaterra! Siguiendo así, siempre proporcionalmente, siempre «en relación» con algo, sería fácil demostrar que constituimos el primer país del mundo! Y esa grandeza de nuestra pequeñez es nuestro consuelo, nuestra felicidad y nuestro orgullo!

Esa malhadada relación, que nos complacemos en deducir de todo y en introducir en todo, eso es lo que corta las alas de nuestro esfuerzo y nos impide volar hacia la grandiosidad soñada. Cuando se trata de hacer algo, cuando se proyecta una obra pública, un edificio, un paseo,... el primer concepto creador lo traza vasto, amplio, colosal! Pero salta, luego, la idea de nuestra pequeñez, y su feroz tijera corta y recorta a la idea madre. Y no para de cortar hasta convertir en una insignificancia lo que debió ser una espléndida grandeza!

— «Para qué queremos una cosa tan grande!»... He aquí la fórmula maldita que nos aplasta y nos condena a la chatura! En el fondo, es a ese raquítico criterio a quien debe culparse de todas nuestras miniaturas, de todos nuestros paseos estrechos, de todas nuestras calles con nombres de avenidas, de todas nuestras casas con nombres de palacios!

Si queremos ser grandes, debemos empezar por olvidar que somos pequeños. No limitemos al impulso de nuestros instintos, ni la concepción de nuestros deseos, con esa idea de pequeñez clavada eternamente en el espíritu. Olvidemos la relación. No nos dejemos alucinar por su falsa gloria. Busquemos lo absoluto, porque es con absolutos que se obtienen los verdaderos triunfos de la vida. Dejemos las platónicas victorias de los cuocientes y emprendamos la lucha viril de los dividendos!

La intelectualidad de un país, la hermosura de una ciudad, la amplitud de un edificio, el poder de un ejército o de una escuadra tienen que ser absolutos, abrumadores, brutales absolutos que se impongan, que resistan y que triunfen. Si no son así, no valen nada!

Esa formidable potencia, que la proporcionalidad concede a los chicos, es semejante al risueño raciocinio de los sabios que, estudiando, por ejemplo, la musculatura de la langosta, se admiran de su potencia extraordinaria y os dicen «que «en relación», el vil acridio es quinientas veces más fuerte que un elefante, pues, si los músculos de éste tuvieran la potencia de los músculos de la langosta, el elefante podría saltar hasta quinientos metros de altura». Figuráos!... Suponed, ahora, a una pobre langosta, enterada de esa prodigiosa relación y sumergida en un capitoso sueño de grandeza, repitiendo a cada instante: «Soy quinientas veces más fuerte que un elefante!...» Y en medio de esas frases, repetidas cada vez con más orgullo, suponed una pata de elefante, una pata negra y maciza, que cae sobre la langosta!... No queda debajo más que el residuo de una grandeza, aniquilada por una fuerza quinientas veces menor... «en relación!»

Del libro *Colección de Artículos*, de Leopoldo Thévenin, notable periodista uruguayo, desconocido entre nosotros.—De venta en la librería LECTURA BARATA.

MUSEUM hermosa revista mensual de arte español

Notas editoriales

A un batallador

A don Justo Facio, Director de *Pandemonium*, le somos ya deudores de innumerables gentilezas.

Batallador infatigable en lides de cultura que él ha sido, siente y comprende intensamente el esfuerzo que estamos realizando. Y al contrario de lo que aquí invariablemente sucede en tales casos, ha corrido a darnos sus aplausos repetidos en frases de bondad que nuestra gratitud no olvidará nunca.

¿Quién no ha visto al viejo poeta estrellar diariamente sus empeños contra la roca de la desidia nacional?

Por eso es valiosa para nosotros la palabra de estímulo que brota de aquella barba emblanquecida como un hilito de agua fresca de una cumbre nevada.

Por nuestra parte, pagaremos tanta bondad tratando de persistir en nuestro propósito de alentar el trabajo de los jóvenes. Hemos prometido solemnemente a nuestra conciencia no traspasar ninguna valla que no quede abierta a los que vengan en el mismo sentido. Y nuestro amparo a los jóvenes no es la protección desdeñosa de quienes se sienten superiores y conceden mendrugos de simpatía; es el aliento de quienes se saben obligados a devolver al medio en que han bregado, el vigor que de él recogieran para emprender la lucha.

Reciba el señor Facio nuestras sinceras gratitudes.

Lectura Barata

Esta Librería acaba de recibir un lote de obras de Vaz Ferreira; quedan

algunas todavía y no necesitamos en recomendarlas a nuestros amigos y favorecedores. Se trata de conocer a Vaz Ferreira, una considerable y fuerte intelectualidad del Uruguay. El, Rodó, Zorrilla de San Martín, Reyes, Javier de Viana y Florencio Sánchez van a la vanguardia del pensamiento contemporáneo uruguayo.

Vaz Ferreira es un lógico habilísimo, un analista profundo. En sus *Ideas y observaciones* y en el folleto *El simplismo* y la exageración en Pedagogía, hay reflexiones pedagógicas muy atinadas que deben meditar los profesionales del ramo. Quisiéramos que en manos de abogados y médicos anduviera su Moral para intelectuales. Y los jóvenes que deseen adiestrarse en el análisis del pensamiento escrito que lean su *Lógica viva*, tan amena, tan interesante.

Otras obras de Vaz Ferreira: Estudio sobre William James, *Los problemas de la libertad*, *Elementos de Psicología*.

"Anales del Ateneo de Costa Rica"

El último número está dedicado a Estudios Generales, hechos por don Luis Castro Saborío. Es un trabajo muy laborioso y cuyas tendencias consuelan a todos los que se preocupan por la humanidad que lleva en sí el germen del crimen. Lo que con más cariño he leído es la parte que se ocupa de *Los niños delincuentes*. Estas páginas parecen haberse escrito impulsadas por el mismo pensamiento que hizo decir a Randall al cual el autor cita: «Salvad al niño si no queréis más tarde tener hombres que corregir y castigar.»

"MUNDIAL" y "ELEGANCIAS"

son las dos más interesantes revistas que se publican en español.
Pídalas en la librería LECTURA BARATA.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

LECTURA BARATA, LIBRERÍA DE FALCO, ZELEDON & Cía.

LAS NOVEDADES DE LA QUINCENA

Los ideales de la vida, por W. James. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.60

Concepto de la Sociología y un estudio sobre los deberes de la riqueza, por Gumersindo de Azcárate. Un t. emp.: ₡ 0.50.

Razas superiores y razas inferiores, por N. Colajanni. Tres t. emp.: ₡ 1.50.

Sartor Resartus, por T. Carlyle. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

El destino del hombre, por J. Fiske. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.

La conciencia criminosa, por M. Longo. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.

La ciencia de la educación, por R. Ardigó. Dos tomos emp. Precio: ₡ 1.00.

La sanidad social y los obreros, por I. Valentí Vivó. Dos tomos emp.: ₡ 1.00.

Antropología criminal, por E. Laurent. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.

Místicos y sectarios, por P. Rossi. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

Nuevos derroteros penales, por P. Dorado. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.

El Socialismo y el pensamiento moderno, por A. Chiappelli. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

Genealogía de los símbolos, por D. Ruiz. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

La evolución humana individual y social, por G. Sergi. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

Política social y Economía política, por G. Schmoller. Dos tomos emp.: ₡ 1.00.

De los delitos culposos, por A. Angiolini. Dos tomos emp. Precio: ₡ 1.00.

El Arte en la muchedumbre, por G. Piazzi. Dos tomos emp. Precio: ₡ 1.00.

Egoísmo y altruismo, por J. Antich. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.

El concepto de la existencia, por A. Dyroff. Un tomo emp. Precio: ₡ 0.50.

El materialismo histórico y la sociología general, por A. Asturaro. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.

El alma de la muchedumbre, por P. Rossi. Dos tomos emp. Precio: ₡ 1.00.

La Filosofía y la Escuela, por A. Angiulli. Tres tomos emp. Precio: ₡ 1.50.

El Mundo y el Hombre, por C. Perriani. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.

Degeneración social y Alcoholismo, por M. Legrain. Un tomo emp.: ₡ 0.50.

Acción socialista, por J. Jaurés. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

Los sugestionadores y la muchedumbre, por P. Rossi. Un tomo emp.: ₡ 0.50.

El siglo de los niños, por Ellen Key. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

La Nueva Pedagogía, por G. Rodríguez. Un tomo emp. Precio: ₡ 0.50.

Los comienzos del arte, por E. Grosse. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

El derecho del más fuerte, por G. Cimballi. Dos tomos emp. Precio: ₡ 1.00.

El ocaso de la esclavitud en el mundo antiguo, por E. Ciccotti. Tres tomos empastados. Precio: ₡ 1.50.

Fuerza y Riqueza, por A. Nicéforo. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

Génesis y función de las leyes penales, por M. A. Vaccaro. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

Los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia, por T. Carlyle. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

Amor y matrimonio, por Ellen Key. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

El éxito de las naciones, por E. Reich. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

La herencia en las familias enfermas, por I. Orchansky. Un tomo emp.: ₡ 0.50.

Individualismo y socialismo, por A. Albornoz. Un tomo emp. Precio: ₡ 0.50.

Voces de nuestro tiempo, por A. Chiappelli. Dos tomos emp. Precio: ₡ 1.00.

Atisbos y disquisiciones, por S. Valentí y Camp. Un tomo empastado: ₡ 0.50.

El Estado socialista, por A. Menger. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

Humanismo integral, por L. Lacour. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.

Las leyes de la evolución social, por Th. Hertzka. Dos tomos emp.: ₡ 1.00.

Sociología zoológica, por A. Asturaro. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.

Teoría de las fuerzas sociales, por S. N. Patten. Un tomo emp. Precio: ₡ 0.50.

El Espíritu de la Enseñanza, por J. Caballero. Un tomo emp.: ₡ 0.50.

Delincuentes astutos y afortunados, por L. Ferriani. Dos tomos emp.: ₡ 1.00.

La Educación desde el punto de vista sociológico, por J. Elslander. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.



BIBLIOTECA DOMENECH

CON POCO DINERO

PUEDA CUALQUIERA HACERSE DE UNA INTERESANTE BIBLIOTECA

Cada tomo *lujosamente empastado*, no vale más que 50 céntimos

AGENCIA EXCLUSIVA EN CENTRO AMÉRICA.

LECTURA BARATA, FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA

OBRAS PUBLICADAS:

- | | |
|---|--|
| ALMAS ANÓNIMAS, Eduardo Marquina | APUNTES DE UN DESCONOCIDO, 2 tomos,
Fedor Dostoyevsky |
| MANZANA DE ANÍS, Francis Jammes | LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, G. Miró |
| EL CASO LEAVENWORTH; esta obra consta de dos tomos, A. K. Green | EL ESPADA MONTES, Frank Harris |
| JACOBÉ, Joaquín Ruyra | JERUSALÉN EN DALECARLIA, S. Lagerlöf |
| ZALACAÍN EL AVENTURERO, Pío Baroja | LA VOZ DE LAS CAMPANAS, C. Dickens |
| JUVENTUD DE PRÍNCIPE, W. M. Förster | HISTORIAS DE LOCOS, Miguel Sawa |
| TOM SAWYER, DETECTIVE, Mark Twain | NERTO, Federico Mistral |
| EL AMOR CATEDRÁTICO, G. Martínez S. | ANSIAS DE VIDA, Luis Q. Huertos |
| LA ENJUTA, Víctor Catalá | NUESTRAS HERMANAS, Henri Lavedan |
| ¡DIOS SALVE A LA REINA!, Allen Upward | ¿CULPABLE?, W. Le Queux |
| LA BELLA DORMÍA EN EL BOSQUE, François de Nion | EL LUNAR, Alfredo de Musset |
| REBELDÍA, Joaquín Dicenta | POR LA VIDA, J. Pous y Pagés |
| EL SEÑOR DE HALLEBORG, Hedenstjerna | LAS ROCAS BLANCAS, Eduardo Rod |
| KOLSTOMERO, Conde León Tolstói | SU MAJESTAD, Henri Lavedan |
| CASA POR ALQUILAR, Carlos Dickens | EL CADÁVER VIVIENTE, León Tolstói |
| MINNIE, Andrés Litchtenberger | EL REFLUJO, R. L. Stevenson |
| EL DRAGÓN DE FUEGO, Jacinto Benavente | ALMAS EN PENA, Bjornstjerne Björnson |
| ERNESTINA, Prudencio Bertrana | ERÓTICA, B. Morales San Martín |
| BODA OFICIAL, R. H. Savage | RELATO DE UN NIHILISTA, A. Tchekov |
| EL HURTO SABROSO, novela árabe, traducida por José Carner | EL CUPÓN FALSO, León Tolstói |
| REV EN LA TUMBA, Anthony Hope | MARÍA, Jorge Isaacs |
| FAUSTO, Ivan Turgueneff | DEL HUERTO PROVINCIANO, G. Miró |
| EL SILENCIO, Eduardo Rod | EL SECRETO DEL AHORCADO, C. Dickens |
| | BALADA, R. Sánchez Díaz |
| | EL ABISMO, C. Dickens y W. Collins |

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

LIBRO DE CARMEN LIRA

Deseo que se me considere como suscriptor a la obra de esta escritora nacional. Tomaré _____ ejemplar _____

Nombre _____

Dirección _____